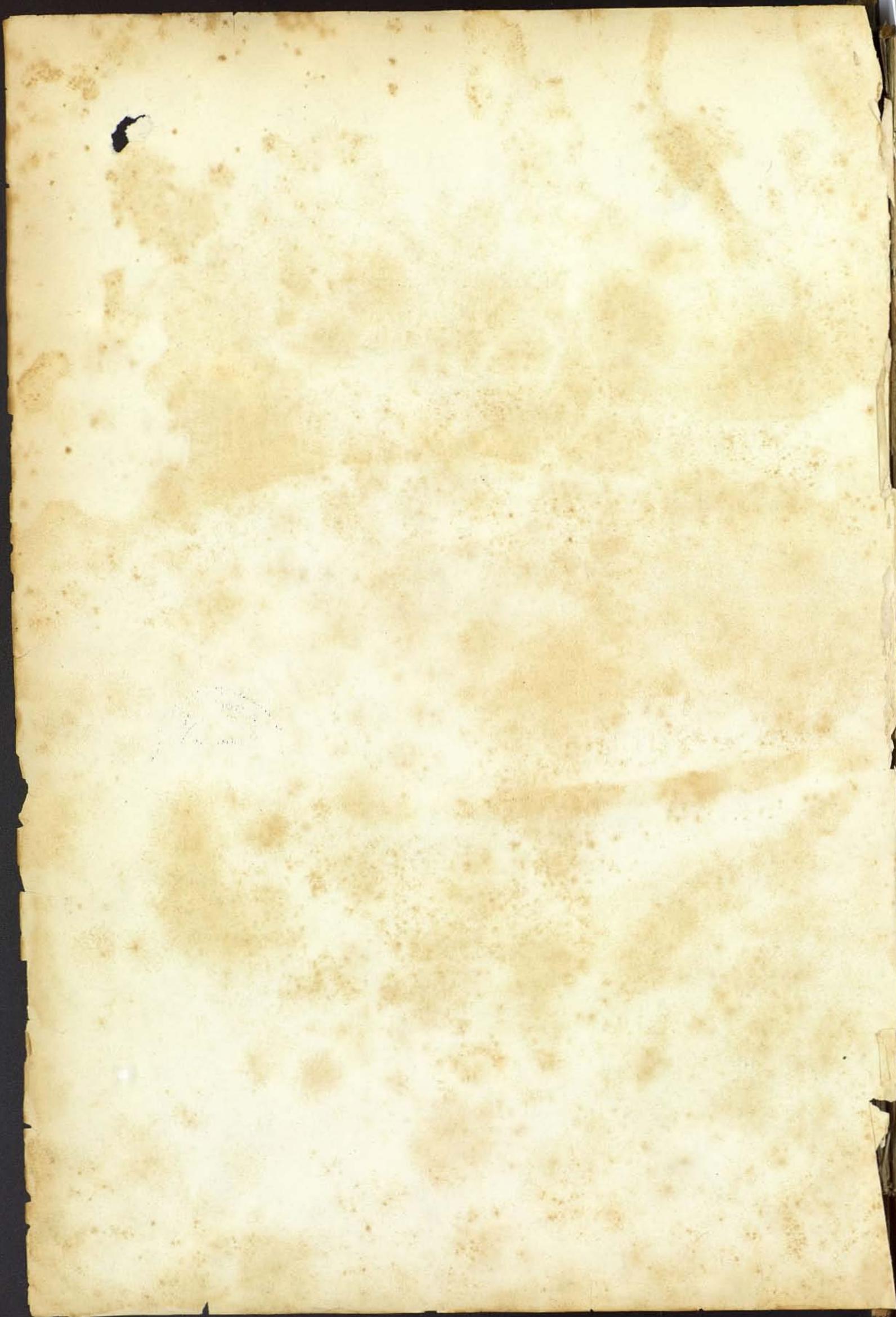




U. zar - 4

ORACION INAUGURAL



R. 24

ORACION INAUGURAL

DEL

AÑO ACADÉMICO DE 1879 Á 1880

LEIDA EN LA

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

POR EL

DR. D. JOSÉ RAMON DE LUANCO

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS



BARCELONA

IMPRESA DE JAIME JEPÚS

IMPRESOR DE LA UNIVERSIDAD

PASAJE DE FORTUNY (ANTIGUA UNIVERSIDAD)

1880

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Grande honor alcanza hoy el que por los rigores de la suerte, y no conforme á su voluntad y ménos conforme aún con su deseo, viene á esta cátedra para llevar la voz del respetable Claustro de la por más de un título insigne Universidad de Barcelona en la solemne apertura de los estudios que han de ser ocupacion perenne de sus celosos maestros y continua y provechosa tarea de la juventud que acude á sus aulas en el presente año académico. Y nunca con mayor desconfianza, ni con más fundado recelo podia tomar sobre sí encargo tan espinoso, siendo, como es en la actualidad, la enseñanza pública codiciada presea, que se disputan con insólita pertinacia cuantas instituciones en el órden político, civil y religioso se juzgan capaces de dirigirla y propagarla. Si el fragor de la contienda, ahora más encarnizada que jamás lo ha sido, advierte del riesgo que se corre en acercarse al palenque donde, como en el juicio de Dios, diráse que la razon está de parte del vencedor, no se expondría á menor peligro quien abrigase el propósito de trazar el rumbo que el humano entendimiento ha de seguir para no zozobrar en el revuelto oleaje de tantas y tan contradictorias doctrinas como aparecen y se anuncian de continuo, con el empeño cada una de ser la que mejor y con más acierto interpreta las verdades que el hombre ha logrado alcanzar despues de siglos de perseverante investigacion.

Arduo empeño sería, aunque muy propio de la solemnidad de este acto, bosquejar siquiera, para enseñanza de los jóvenes que movidos por

su amor al saber se dejan llevar de la natural impaciencia de los pocos años y fluctúan á veces en un mar de incertidumbres, el cuadro de los conocimientos humanos en el momento presente, con lo que en él se destaca sólido y duradero y aquello que, abocetado y confuso, es todavía asunto de reiteradas controversias.

Pero, Ilustrísimo Señor, ¿quién será osado á presentar, sin peligro de caer en los mil escollos que rodean este difícil problema, esa hermosa síntesis, cuyas partes no acertaron á clasificar con rigor filosófico los sabios eminentes que florecieron en las edades pasadas, ni es probable que lo consigan tampoco los de nuestros días?

Fortuna es para mí que no sea tan necesaria en nuestra Escuela, donde año tras año han escuchado los alumnos, en un día como el de hoy, ya los fecundos principios de la más sana Filosofía; ya las admirables conexiones de la Lingüística; ora la enumeracion de los fundamentos sobre que descansa la ciencia del Derecho; ora el animado relato de lo que es y á lo que debe aspirar la Medicina; una vez el admirable encadenamiento de los seres orgánicos; otra el portentoso vuelo de las ciencias físico-matemáticas; y, en suma, cuanto de más elevado y trascendental se conoce en todos los ramos del saber, expuesto con aquella profundidad en los conceptos y aquel sabroso decir, á que yo no he de llegar, porque tales dotes no son las mías.

Réstame, sin embargo, para corresponder á la benévola atencion del auditorio, algo que importa recordar tocante á Filosofía natural, ya que en ella tambien, como en la especulativa, andan no poco discordes las opiniones y son muy contradictorias las doctrinas, desde el misticismo más exagerado, hasta el torpe materialismo, que reduce el misterio de la organizacion y de la vida á un caso más de Geometría ó de Mecánica molecular.

Y hénos aquí de lleno en el difícil tema que yo quisiera abarcar, aún á riesgo de no complacer á todos; pues nunca la verdad estuvo subordinada á los dogmas de escuela, sino que se ostenta libre, pura y radiante cuando se cree tenerla más sujeta y aprisionada. Esta potestad avasalladora é irresistible domina con imperio absoluto en la Filosofía natural; y cada pliegue que se deshace del tupido velo con que la mitología cubrió á la diosa Naturaleza arranca un himno de alabanza al Supremo Hacedor de tantas y tan sorprendentes maravillas. ¡Cuánta sencillez hay en esas leyes eternas, que ningun poder conmueve ni trastorna, y qué admirables son sus efectos!

No es mucho, pues, que la Filosofía natural precediese á la Moral y á

la Dialéctica, como afirma Diógenes Laercio, ni que su estudio tuviera tantos encantos que, según expresión de San Agustín, *ninguna cosa desean más los hombres que saber los secretos de naturaleza*. De muchos son ahora dueños, y débese el conocimiento de los más sorprendentes, y ántes de todo punto ignorados, al método experimental, no tan remiso como pretende uno de los comentadores de la Filosofía de Hegel, porque de él arrancan los grandes descubrimientos y el conocimiento de las leyes que rigen los fenómenos del universo. Antes que él marcara á los sabios el camino que condujo á la posesion de esos recónditos arcanos ¿qué eran, Ilustrísimo Señor, nuestras ciencias? El hacinado conjunto de noticias recogidas, apénas ordenadas y nunca expuestas en conformidad con las leyes posteriormente descubiertas. Sin embargo, nada está más léjos de mi ánimo que el desconocimiento de lo mucho que sirvieron aquellos preciosos materiales el día en que se creó la verdadera ciencia; y es justo declarar que hay entre nuestros predecesores quienes, subiendo en alas de una intuición, que todavía hoy sorprende y encanta, penetraron en el campo de la Filosofía natural.

Aristóteles, Teofrasto, Plinio, Dioscórides, San Isidoro, Alberto el Magno, Rogerio Bacon, Bruneto Latino y sus comentadores y discípulos, no fueron, es verdad, naturalistas ni físicos al estilo del día; pero ¿á dónde acudirían los fundadores de las nuevas ciencias en los siglos xvii y xviii sin el auxilio de lo que la sabia antigüedad habia recogido?

Más escudriñadora la época presente, no se recrea con verídicas ó exageradas descripciones: tiene lo formal, lo externo, por de escaso valor y pasajera importancia: el fin principal de sus desvelos es inquirir la causa de los hechos y la ley á que obedecen; y hemos de conceder que por esta via logra cada hora descubrir un hecho nuevo, sucediéndose unos á otros con rapidez asombrosa. La historia de las ciencias exactas, físicas y naturales en los años transcurridos del presente siglo, llenará sus páginas con la narración de tantas y tan sorprendentes revelaciones.

Pero ¿qué nuevas verdades buscan los innumerables cultivadores de la ciencia de la naturaleza y á dónde los lleva su afán de investigación y de exámen? ¿No es bastante que hayan robado

el rayo á Jove, el éter á la esfera,

que su vista penetre en la inmensidad de los cielos y sepan

por qué están las dos osas
de bañarse en el mar siempre medrosas;

que su palabra corra con la velocidad del pensamiento de uno á otro cabo del mundo, y se oiga y se grabe desde apartadas regiones, y que esa luz vivificante, que la gran luminaria de nuestro sistema planetario nos envia, sea tambien portentoso agente para alterar la materia por tan imperceptible gradacion, que deja impresa la huella de sus matices, como trae en sí el hálito de las sustancias que en hirviente lava y en nubes encendidas forman el astro que nos alumbra, prestándose á revelarles el secreto de sus colores y el vertiginoso latido de sus prodigiosos movimientos? ¿Intentan por acaso rasgar el velo que oculta el misterioso secreto de la organizacion y de la vida con la esperanza de ser un dia creadores de la sustancia animada, como son hoy imitadores de la naturaleza descomponiendo y combinando á su arbitrio la materia inerte? Alguien hay que toma por este camino, llevando las consecuencias á tal extremo que, de verse realizadas como se imaginan, no tendría en que fundar su incredulidad el filósofo ginebrino.

Mas no son estos intentos los que voy á mencionar; porque aquellos que se consagran al estudio de las ciencias naturales con espíritu filosófico desdeñan, no sin razon, semejantes lucubraciones y aspiran, con mayor acierto, á fijar la conformidad que se advierte entre las distintas fuerzas de la naturaleza, para unificarlas como manifestacion de una sola causa ó de reducido número de causas.

La unidad de las fuerzas, emanadas de un origen comun, aunque remoto, la constancia de las leyes y la variedad de los fenómenos sintetizan la ciencia de nuestros dias; y por cierto que todo confirma lo bien encaminada que va por tan seguro derrotero, pues apenas hay fenómeno recién observado ó ley nueva que se descubra que no vengan en confirmacion de la que, pasando ayer por una hipótesis seductora, es hoy base firme en que se asienta la ciencia del porvenir.

A la *correlacion de las fuerzas físicas* debia seguir, y así aconteció, su *unidad*, y como escuela de esta doctrina, aunque ya en varias épocas y por distintos sabios admitida y proclamada, la *unidad de la materia*, concepto más ingenioso que real por ahora y que dista mucho del grado de verisimilitud, ya que no alcance ninguno de certidumbre, que se requiere para aceptarlo sin temor de perder la buena senda. Antorchas son que la iluminan, de poco acá encendidas, esas dos ramas que salieron del frondoso árbol de las ciencias físico-químicas: una, la Termodinámica, ya pujante y robusta, pudiéramos decir que nació adulta, como Minerva de la cabeza de Júpiter: otra, la Termoquímica, se halla en el período de gestacion y, sin embargo, se registran los datos que va

encontrando y se presenten para un día próximo importantes deducciones, que pongan en nuestra mano la clave con la cual se logre acercarse á esa causa primera de la combinacion de los cuerpos.

Hemos de confesar que pocas veces los filósofos naturalistas abordaron una cuestion de tal magnitud ni de mayor trascendencia. Eran conocidas las leyes de la Estática química, pero faltaban las de la Dinámica, y, aunque por un medio indirecto, ya se vislumbran hoy y acaso mañana se promulguen en la ciencia con la misma seguridad y certeza que las conocidas y universalmente acatadas.

Mas para esta investigacion pueden seguirse dos caminos, lógicos entrambos, que son *la induccion* y *la deduccion*. Si con la primera goza el entendimiento de mayor libertad y se remonta, sin freno que lo contenga, hasta los conceptos más atrevidos, no vacilo en dar la preferencia á la segunda, sin aclamarla por eso soberana en todo raciocinio: que grave error seria esclavizarse por sistema ó cortar las alas con que la imaginativa ha de volar por regiones en donde no penetra la deduccion, más segura, pero ménos atrevida. Declararse en absoluto por uno ú otro método es lo mismo que tomar partido en la actual contienda; pues aún los ménos apasionados y que desean pasar por ecléticos no consiguen rehuir el dilema final hasta donde los estrechan, llevándolos de consecuencia en consecuencia. No obstante, pareceme que á nada bueno conducen los sistemas exclusivos; y siempre habrá ventaja en acudir á uno ú otro, segun se requiera, ya que hay para llegar á la verdad más de un camino.

No seré tan benévolo al juzgar los sistemas en sí mismos, pues que de tan vario modo se les aplica, habiendo quienes sacan de ideas abstractas consecuencias aventuradas, miéntras que otros no dan un paso más allá de lo que señalan los resultados de la experiencia. Estos nada comprometen: aquellos suelen descubrir sublimes verdades, pero se exponen á caer en graves errores; y hé aquí por que no dudo afirmar que toda exageracion en este concepto es perniciosa. Pues que de conocer las verdades de la naturaleza se trata, apliquémonos á investigarlas exento el ánimo de toda preocupacion de escuela y de doctrina, y es seguro que lograremos así descubrirlas más fácilmente que guiados por una inclinacion de antemano contraida hacia un fin propuesto.

Si hay riesgo en limitar por sistema los medios de investigacion, el daño es todavía mayor cuando al entendimiento se le cohibe por temor á sus espontáneos arranques. No consiente la Filosofía natural en mar-

char á ciegas por la senda que pretende marcarle la Filosofía especulativa; pero tomando de ésta lo que considera mejor y más adecuado, nada desdeña, desde el materialismo de Epicuro, hasta el espiritualismo teológico de Santo Tomás: acepta de Gassendi la resucitada doctrina de los átomos: renueva en nuestros dias los torbellinos de Descartes: se inclina con Kant hacia la materia única; y entreve una sola causa para los distintos fenómenos que son objeto constante de su estudio.

Desembarazada y libre de las trabas que en otro tiempo retardaron su progreso, la ciencia de la naturaleza se desarrolla y crece por sus propias fuerzas, llevando delante sus dos indispensables auxiliares, *la observacion y la experiencia*.

Mas, llegados aquí, conviene distinguir lo que está demostrado y con prueba plena, de lo que anda en tela de juicio, sustentado por unos y por otros combatido. Lo primero puede y debe enseñarse: lo segundo ha de ser materia de reflexion y de estudio para aquellos que están en disposicion de esclarecerlo; y por si álguien hay que tache de imperativo y duro este precepto, añadiré que es de uno de los espíritus más independientes de nuestros dias, del sabio aleman Virchow.

Pues en verdad, Ilustrísimo Señor, que tengo por árdua empresa deslindar lo que ha de ser docente, de aquello que todavía no está en sazón para nutrir las jóvenes inteligencias de nuestros alumnos, amantes de la novedad é impresionables hasta el entusiasmo. En este punto ¡cuánta discrecion no se necesita para elegir lo verdadero y provechoso y desecharlo falaz y nocivo!

Por cierto que no escasean estas dificultades en la Filosofía natural; y aún me atrevo á decir que en ella, más que en ningun otro ramo del humano saber, hay escollos por todas partes; unos que la ciencia somera ó mal comprendida arroja á cada paso; otros que provienen de ese incansable afán de investigacion, peculiar de nuestro siglo; y apenas hay medio de precaver de ellos á la juventud, pues que, como las sirenas, atraen y devoran. La especulacion tiene sus encantos y por eso los jóvenes acogen con avidez las teorías más atrevidas y se apasionan sin reflexionar, cuando hay en ellas algo que se aparta de lo comun y trillado.

No contribuye poco á dar una ú otra direccion á los estudios el sistema filosófico que en cada época predomina ó, mejor dicho, la Filosofía especulativa no pierde nunca de vista el incesante progreso de las ciencias naturales; y así se las ha tachado de materialistas cuando la corriente filosófica iba en esta direccion, apoyada en verdades científicas, por lo comun mal interpretadas. Y sin embargo, no faltan ilustres pensa-

dores que sostienen el idealismo de las ciencias matemáticas, la fecunda concepción de los átomos para explicar la constitución de los cuerpos y la íntima relación y la necesaria dependencia en que están los seres todos, animados é inanimados, que existen en el globo terráqueo. Un sapientísimo prelado francés decía, no há mucho, que «para refutar los sistemas materialistas, bastaba recurrir á una tabla de logaritmos;» y esforzando el razonamiento, añadía «si hay álguien que pueda representarse al descendiente de un sér irracional imaginando el binomio de Newton, descubriendo las leyes de Kepler, inventando la teoría de las funciones y venciendo las dificultades del cálculo infinitesimal.»

Si el materialismo suscita recelos en contra de nuestras ciencias, no las presta gran apoyo la Filosofía positiva, tomada en su expresión más genuina; y en prueba de ello voy á transcribir el juicio formado por el libre pensador Tomás Huxley, considerándola como auxiliar de la Filosofía natural. «Preguntad, dice, á los matemáticos, á los astrónomos, á los físicos, á los químicos y á los biólogos lo que piensan de la Filosofía positiva; y estarán unánimes en contestar que, cualquiera que sea el mérito de Augusto Comte sobre otros puntos, en nada ha contribuido á esclarecer la filosofía de sus respectivas ciencias.» Y no quiero citar otros pasajes en los que Huxley trata al patriarca del positivismo con un desden que yo no apruebo; bastándome recordar que hasta una de nuestras academias más renombradas (la Sevillana de Buenas Letras) abrió este mismo año un certámen proponiendo el tema siguiente: «Importancia de los estudios antropológicos, y si deben emanciparse de las escuelas positivistas.»—Bien claro está que la Antropología se halla hoy subyugada en mayor ó menor grado por el positivismo, cuando se discute la conveniencia de su emancipación.

Más libre todavía si cabe, y con manifiesta inclinación hacia un fin que nadie ignora, se presenta la Filosofía materialista, hermana gemela del naturalismo, si es que cabe señalar entre una y otro diferencia; y por cierto que no habría sistema mejor para el adelantamiento de las ciencias si éste consistiera en la aplicación de un criterio libérrimo. Pero acontece un hecho singular, aunque no nuevo en la historia de la Filosofía; y es que el decidido empeño en violentar los fenómenos para deducir consecuencias acomodadas á una preocupación sistemática, esteriliza casi siempre sus esfuerzos; así como da escaso fruto el árbol que ha gastado la savia en cubrirse de follaje y en elevar su copa á desmesurada altura. Ved sino el desaliento con que uno de los sabios más ilustres de la cultura Alemania, el libre pensador Du-Bois Reymond, rector de la Universidad

de Berlín, se detiene fatigado y rendido al llegar á los confines de la Filosofía natural y, no logrando comprender el insondable arcano de la vida y ménos aún el misterio que oculta el pensamiento, pronuncia aquel IGNORAMUS, que en vano su competidor Haeckel pretende contrarestar atribuyéndolo á nuestra imperfecta organizacion. En esta parte diríase que el materialismo se halla condenado al suplicio de Tántalo. Presume tener en su mano el hilo que conduce á lo hasta hoy desconocido; acerca sus labios á la fuente de donde mana, segun él, toda sabiduría; y el hilo se rompe ántes de llegar al fin, y el manantial retira sus aguas, y tropieza el labio en la seca y endurecida roca.

¿Es por ventura más afortunado el naturalismo, que ha contado y cuenta con no escasos prosélitos? Que responda por mí el eminente físico Hirn: «Es necesario invocar la presencia de un principio superior á las »fuerzas para explicar el fenómeno vital más sencillo en el más ínfimo de »los séres vivientes.» Y por lo que se refiere al panteísmo, que tan de mano amiga está con el naturalismo, basta citarlo para comprender su espíritu y su refutacion.

Nada propicia á la observacion y al estudio de los fenómenos naturales fué, sin duda, la Filosofía peripatética, juzgada por unos y por otros de muy diversa manera, pero de la que dijo con tanta verdad como elocuencia el insigne Jove Llanos «que con ella la Naturaleza parecia haber «vuelto al caos de que saliera en el primero de sus dias.»

No fueron ciertamente los discípulos de esta escuela, ni los secuaces de los distintos bandos que con varios nombres removian sin fruto el campo de la Filosofía, los que descubrieron las importantes verdades en que descansa la ciencia de la naturaleza. Pensadores infecundos, absorbidos en concepciones metafísicas, que eran asunto de interminables disputas, no sintieron al *globo rodar bajo su planta*, ni la vivificadora luz del sol desplegó ante sus ojos la gala de sus colores, ni el rayo bajó nunca hasta su mano, dócil y sumiso como leal mensajero, ni fijó su mirada la enhiesta roca, en apariencia sustentada con prodigioso artificio, ni la gradual organizacion de los séres de uno y otro reino fué en tiempo alguno objeto de su atencion ni de su estudio. Hé aquí porqué los grandes genios que brillaron en la Filosofía natural, con muy contadas excepciones, ó no se sujetaron á los principios de ésta ó de aquella escuela filosófica, en su tiempo dominante, ó abrieron nuevas sendas al pensamiento, hallando estrechas las conocidas, ó desentendiéndose de toda doctrina preexistente, ejercitaron su investigacion, observando, analizando y discurrendo por inspiracion propia y con método subjetivo, ó toma-

ron por guía el que era más conforme con la índole y objeto de sus estudios, prefiriendo á los dos filósofos naturalistas Bacon y Descartes.

Casi siempre la Filosofía especulativa ha seguido en esta materia otro camino. Táles, Demócrito, Leucipo y Empédocles discrepan de Sócrates, de Platon y de Aristóteles. Lucrecio no tiene contendiente en el pueblo romano al ceñirse primero la corona no probada por ningun mortal; como Virgilio se tendría por *feliz si llegase á conocer las causas de las cosas*, que Séneca no acertó á explicar en sus *Cuestiones naturales*. San Isidoro de Sevilla en las *Etimologías* y en el tratado *De Natura rerum ad Sisebutum Regem* es más naturalista que San Agustin; y Alberto de Bollstadt, apellidado el Magno, se aventaja en este punto á su discípulo Santo Tomás.

No me haré eco del juicio poco favorable á la ciencia del que bien puede seguir llamándose el príncipe de los filósofos, emitido por el físico inglés Tyndall, pocos años há y en una ocasion solemne; ni me parece que es del caso repetir, con alarde vano de superioridad científica, lo que estampó en sus *Cartas* el baron Justo Liebig, asegurando «que nuestros «escolares tienen ideas más exactas de los fenómenos naturales que Platon y que se reirian de los errores cometidos por Plinio»; porque si el evidente progreso de las ciencias físicas nos da una idea más clara de fenómenos, ántes mal observados, no hay razon para desdeñar á los que en otros puntos, no ménos importantes, dieron clara muestra de su saber profundo é innegable.

Sin embargo, nótase hoy cierto empeño en combatir el método seguido en la Filosofía natural desde que rompió las ligaduras que la sujetaban con menoscabo de todo adelantamiento intelectual y material, para engolfarse de nuevo en la estéril discusion de decidir *á priori* si los elementos de los cuerpos están en ellos en *acto* ó en *potencia*, cuando es sabido que uniéndolos resulta una tercera sustancia de la que se pueden sacar otra vez los principios constitutivos *in numero et pondere et mensura*. El día en que Lavoisier descompuso el agua, confirmando por la análisis lo que la síntesis habia revelado, consignó un hecho mil veces más importante que esas fútiles discusiones, que hoy resucitan, como Lázaro, envueltas en el sudario con que yacian sepultadas y corruptas. ¿Qué razon hay para que se tuerza el camino que condujo á tantos descubrimientos? ¿Y porqué condenar las especulaciones filosóficas, cuando van en cierta direccion no peligrosa por ningun estilo, oponiendo á ellas de nuevo el fuerte muro que las tuvo contenidas por espacio de tantos siglos, que no fueron ciertamente los de mayor progreso científico?

Si la discusion se presenta franca, leal y noble, como á unos y otros corresponde, imagino que aún podrá ser fructuosa para la especulativa y acaso para la ciencia misma; pero saliendo á la arena resueltos á combatir lo existente, sin dar paz á la mano ¿ha de esperarse á que abran en nuestros estudios honda sima, que requiera más tarde esfuerzos supremos para cegarla?

Acaso no esté en el ánimo de los nuevos contendientes desviarse del camino que vienen siguiendo las ciencias naturales; pero, si así no fuese, que recuerden cómo se hallaban en los tiempos en que florecia pujante la doctrina aristotélica; cuando la Astronomía era una astrología, la Física una especie de magia y la Química el arte sagrado de convertir en oro los metales viles. No basta que tal cual sabio, superior á su época, diese muestras de comprender el fin y objeto de la Filosofía natural, pues que al mismo tiempo hormigueaban vulgares ingenios, ocultando entre la maleza de sus obras la hermosa flor de la verdadera ciencia. Sin salir de nuestra patria, encontraréis libros reputados como una maravilla y á sus autores ensalzados por su agudo talento, que son el mejor testimonio de esta decadencia y de la supina ignorancia de aquellos que presumian entender mucho en los secretos de la naturaleza. Cáense de las manos la *Curiosa* y la *Oculto Filosofía* del P. Juan Eusebio Nieremberg, la *Magia natural* del jesuita Hernando Castrillo, *El Ente dilucidado* del P. Fr. Antonio de Fuente la Peña, el *Libro de las virtudes y propiedades maravillosas de las piedras preciosas* compuesto por Gaspar de Morales ó quien sea el verdadero autor de este tratado, las *Disquisiciones mágicas* del P. Martin del Rio y otras obras, de que hago gracia á mis oyentes, porque algunas no son para andar en manos de todos, que bien puede aplicárseles lo que decia en el siglo xvi el erudito Lorenzo Palmireno, refiriéndose á los escritos sobre Filosofía natural de Alberto el Magno y al libro *De Proprietatibus rerum* de Bartolomé Anglico, «que más parecian para encandilar bobos que para dar doctrina.»

Sírvanos en desagravio saber, que el P. Martin del-Rio, traído á Salamanca, *no tenia en toda la Universidad un oyente*, como se refiere en un papel manuscrito, citado por el Sr. Fernandez Navarrete; que los *Secretos de Philosophia* de Alonso Lopez de Corella contienen, á vuelta de muchas cuestiones poco interesantes, algunas bien comprendidas y explicadas; que en la *Summa de Philosophia* que escribió *en estilo nunca visto* el magnífico caballero Alonso de Fuentes, se proclama la libertad de exámen y de juicio en tales términos que, refiriéndose á los Doctores y Santos Padres sostiene que *en cosas de naturaleza, si en algo vemos*

que yerran podemos contradecirlos; y por último, que nunca faltaron en nuestra patria entendimientos superiores consagrados á la contemplacion y al estudio del universo.

Apartémonos, pues, de una vez y para siempre, de la tenacidad que infunde el espíritu de escuela y busquemos en las páginas de ese hermoso libro, que se titula *Naturaleza*, la causa próxima de las leyes á que están subordinados los fenómenos que á cada paso y en cada hora nos admiran, asombran ó conmueven. Usemos, ya que nadie nos va á la mano, de aquella razonable y prudente libertad que es necesaria en toda investigación, sin recelo ni temor de hallar obstáculos peligrosos; que no puede haber ninguno para quien busque solamente las verdades de la ciencia, desde que las dignidades más altas y las supremas jerarquías patrocinan los estudios que llevan al conocimiento de la naturaleza. *Ciencia, ciencia, todavía más ciencia*, exclamaba con ahincada entonacion el ilustre prelado de Angers al estatuir en la Universidad libre la enseñanza de las matemáticas, de la física, de la química y de la historia natural.—«He estudiado más que todos los campeones del libre pensamiento y mi fé ha permanecido arraigada y pura,» dice el anciano abate Moigno, canónigo de San Dionisio. ¿Y quien aventajó hasta hoy al jesuita Angel Secchi en escudriñar los insondables arcanos del universo, la naturaleza del sol y la constitucion de la materia?

Júzguese como se quiera del curso que ha seguido el entendimiento humano á impulso de esa libertad, sin la cual toda idea nace enteca y toda concepcion muere ahilada y marchita, es lo cierto que á ella se deben los portentosos adelantos del siglo en que vivimos. En él no se daría como espectáculo al supersticioso populacho de Florencia el injusto suplicio de Cecco D'Ascoli, rival del Dante, ni Rogerio Bacon purgaría en los rigores de una estrecha clausura su ardiente amor á la Filosofia natural.

Si el pensamiento quiere moverse libre para su natural y fecundo desarrollo, algo parecido reclaman los que tienen á su cargo la exposicion y enseñanza de las verdades adquiridas. Ya sé que en este asunto ha de irse con mucha parsimonia y no poca cautela; pero no alcanzo el medio de trazar una pauta á la que se ajuste la materia docente, ni qué discernimiento se le concede al maestro que á tal extremo se le sujeta. Abominable sería la conducta de quien, prevaliéndose de la autoridad ó del ascendiente que tiene siempre el catedrático sobre sus discípulos, intentara extravíar su entendimiento, corromper su corazon, ó perturbar la fé de su alma. Si hay ciencias en cuya exposicion se han de explicar dogmas, discutir interpretaciones y analizar fundamentos, bien puede hacerse con

sana intencion y recto juicio, apartándose de todo cuanto no vaya derecho al fin de la enseñanza.

Mas para que ésta alcance el respeto y consideracion debidos, cuidarse ha de estimarla y enaltecerla, escogiendo sus maestros entre los que mayores pruebas hubieren dado de saber y de amor á los estudios, sin olvidar las otras dotes, que no son ménos necesarias, pues, como opinaba muy acertadamente el esclarecido Balmes, no siempre los que más saben son los que mejor enseñan. En este punto nunca se andará con bastante escrúpulo; y sin querer viénense á la memoria los méritos que alegaba y los consejos que dirigia á sus jueces el Maestro Fernan Perez de Oliva, al oponerse á una cátedra en la Universidad de Salamanca, que llegó á regir despues con general aplauso. Tres siglos ántes, el sabio Rey de Castilla, D. Alfonso X, daba reglas, al final de la Partida II, para establecer los estudios, y bien se echa de ver en ellas su amor á la ciencia y su estimacion á los maestros; en términos que si la crítica excluye hoy de entre sus obras aquella en que afirmaba que

cobdicia del sabio-movió mi aficion

y

ca siempre á los sabios-se deve el onor,

tales declaraciones están acordes con los nobles intentos que mostró durante toda su vida.

La justa libertad de la ciencia y la necesaria dignidad de la enseñanza son requisitos indispensables, sin los cuales nada puede adelantar la primera y andará la segunda entregada á malas manos; porque hemos de precavernos de llegar á tal decadencia, que sólo se encuentre en nuestra patria exento de impurezas el templo de Isis, como sucedia en Roma en vida de Plotino.

Pero no cabe igual respeto hacia quien sube á la cátedra por camino tortuoso, sin acrisolar su saber en prueba alguna, ignaro acaso de lo mismo que pretende enseñar, con daño grave de la juventud y menosprecio de los que son dignos maestros; pues ya decia Xenofonte que «el mal maestro con dificultad saca buenos discípulos.» La ciencia que sobresale en un país más que en otro, no procede tanto de su régimen interior, como de la excelencia de los que á cultivarla y enseñarla se consagran; y por eso se han de escoger los mejores entre los buenos. Ellos siembran en la estudiosa juventud la semilla que despues ha de germinar, desarrollarse y dar sazonado fruto; ellos imprimen, acaso sin cuidarse, la inclinacion, que despues se manifiesta arraigada en la edad

adulta, de los que en años juveniles escucharon sus lecciones: á los maestros les toca la noble y honrosa tarea de trabajar en el progreso de la ciencia y de transmitirla *bien e lealmente* como manda la ley IV, tít. XXXI, de la Partida ya citada.

Para conseguir estos fines, que son los á que aspira V. S. I., cuenta con el eficaz y probado concurso de sus sabios doctores (excluyendo del dictado al que en este momento se honra con dirigir la voz en su nombre á tan ilustrado concurso) y con el amor al estudio, encarnado en la mayoría de los alumnos de esta renombrada escuela, á quienes van particularmente dirigidas las breves observaciones que preceden. Llamados están por una ley ineludible, como todas las de la naturaleza, á ocupar esta cátedra y esos sitios; y pienso que cuando llegue ese dia comprenderán mejor que ahora el valor de la noble mision que á V. S. I. le está confiada y la paternal solicitud con que se afana por sus adelantos.

Al mayor lustre de la enseñanza contribuirá tambien el lugar destinado á las solemnidades académicas en el que por vez primera nos hallamos hoy reunidos; porque hay aqui un no sé qué de grande, que no son la bizantina puerta, ni las columnas arabescas, ni el artesonado techo, sino esos nombres de los que dieron gloria á su patria y á su siglo, inscritos en este recinto para estímulo y ejemplo de todos y en el que han de conmemorarse ántes de mucho en vítores y retratos, completando el ornato del paraninfo los grandes cuadros que representarán las épocas florecientes de nuestra historia literaria.

A la frente, el gran Rey de Aragon, D. Alfonso V, que comparte con el X de Castilla el sobrenombre de Sabio, tan dado á los estudios clásicos, que no pasaba dia sin escuchar la lectura de alguno de los autores latinos; el Emperador invicto á quien fueron debidas las Constituciones (*Ordinacions*) de los antiguos estudios; y en medio de sus excelsos predecesores la segunda Isabel, nacida entre ambiciones, aclamada en la cuna en reivindicacion de las leyes patrias, insidiosamente holladas por quien, poseyendo altas dotes, al fin venia de extranjera tierra, y en cuyo reinado, no indemne de turbulencias, se levantó este suntuoso edificio, digno albergue de las ciencias y las letras. Aquí el IV Concilio toledano, presidido por San Isidoro, «varon eminentísimo en ciencia y en virtudes, el hombre más sabio de su tiempo, astro refulgente de la Iglesia «hispano-goda,» como le llama un historiador contemporáneo. Allí la corte de los Abde-r-Rahmán, emporio de la ciencia y escuela de todo saber, con sus academias y sus justas literarias donde sonaron los ins-

pirados acentos de Lobna, de Fátima, de Cadiga y de Radhia. En un lado, aquella memorable transformacion de nuestros estudios, llevada á cabo por el X Alfonso de Castilla, en quien se vió «la sabiduría ocupando el solio» y atrayendo á su alrededor con dádivas y honores á los hombres más eminentes, sin distincion de patria ni de creencias. En el otro la presentacion al Rey D. Alfonso V de Juan de Marimon y Bernardo Zapila, comisionados por los Concelleres de Barcelona en demanda de licencia para establecer aquí unos estudios generales *afectants levar lo núvol de la odiosa ignorancia dels enteniments*, como mandaban pregonar un siglo despues los honorables *Concellers* la víspera de aquel memorable dia en que el *Conceller en cap* Bernardo Desvalls puso, con inusitada pompa, la primera piedra de la antigua Universidad. Acá el renacimiento de los estudios clásicos en los albores del siglo xvi, simbolizado en la grande empresa concebida y alentada por el modesto franciscano, confesor de aquella magnánima Reina, que vino á esta ciudad para recibir al intrépido navegante que le traia un nuevo mundo en precio de sus arracadas y joyeles; por aquel varon animoso, que cubrió con el tosco sayal primero y despues con la púrpura y el armiño un pecho lleno de grandes alientos; por aquel fundador de la escuela complutense, cuna de peregrinos ingenios, hoy abandonada y desierta.... ¿qué digo? transplantada como secular palmera, que pierde su verdor y lozanía léjos del suelo en que tendió sus ramas; por el cardenal Ximenez de Cisneros, que erige un perdurable monumento á la Filología en la Biblia políglota, uniendo su nombre al de los sapientísimos humanistas Antonio de Lebrija, Lope de Stúñiga, Nuñez de Guzman, el cretense Ducas y los conversos rabinos Pablo Coronel y Alfonso de Zamora. Allá el recuerdo de aquella asociacion bienhechora, que jamás olvidará Cataluña, abrigo siempre de laudables propósitos; de aquella *Junta de Comercio*, que pedia con frases llenas del más puro y acendrado patriotismo el auxilio de otra corporacion, no ménos digna de imperecedera memoria, encareciéndole «los beneficios que podrian seguirse al bien público con «la union amistosa de las luces de la Academia y los caudales de la «Junta» (1) y á la que fueron debidos los llamados *Estudios de la Lonja*, donde año tras año acudió la juventud barcelonesa, y tal vez algunos que me están escuchando, á recibir la útil enseñaanza que fomentaba con celo constante y mano generosa, retribuyendo á los maestros y alentando á los discípulos con premios de todo género y con pensiones dentro y fuera

(1) Sesion de la Real Academia de Ciencias naturales y Artes de Barcelona, del 4 de Agosto de 1801.

de España; y por último, para coronamiento de esta sala, el numeroso séquito de los más ilustres sabios de todas las edades, á quienes son debidos los progresos que alcanza la época presente.

Ingenio más fecundo, y pluma mejor que la mia, nada maestra en seguir los vuelos de la imaginacion, sean, Ilustrísimo Señor, los que se encarguen de tributar, cuando llegue el oportuno momento, el homenaje debido á tan insignes varones; que yo me siento abrumado por la pesadumbre de sus nombres y de su recuerdo y debo volver el tema principal de este discurso, enderezado, más que á otro alguno, á los alumnos aquí presentes, con el fin de advertirles el riesgo á que se exponen dejándose arrastrar por apariencias seductoras, que pocas veces conducen á fines loables. Mas, si durante los años de disciplina escolástica, ó despues en tranquilas meditaciones, sienten el irresistible impulso de escudriñar los ocultos arcanos de la naturaleza; si se conmueven ante la incomparable sencillez de sus leyes, ó se encuentran anonadados en la contemplacion de tantas maravillas, que la misma grandeza del asunto les preste nuevo aliento para ahondar más y más en el vasto campo de la Filosofia natural; pero sin preocupaciones sistemáticas ni reminiscencias de escuela, llevando por guias la observacion y la experiencia y no excluyendo por eso el eficaz apoyo de la Filosofia trascendental, en lo que sea conducente á la investigacion de las verdades naturales. Peligro se corre hoy de tomar por mala senda, ora sea que impacientes los unos pretendan traspasar la valla que separa el espíritu de la materia; ora sea que los otros, tímidos y recelosos, quieran detener el sosegado curso que lleva el entendimiento humano, merced al que será nuestro siglo memorable. De entrambos escollos deben alejarse, ó pasar entre ellos, como el prudente Ulises, sujetos al precepto que, en forma de consejo amistoso y con la venia de V. S. I., voy á dirigir á los discípulos de esta escuela por remate de mi discurso.

Si vuestra inclinacion os llevare hacia el estudio de las verdades naturales y filosóficas, inagotable manantial de satisfaccion arrobadora, no enturbieis sus aguas con el revuelto cieno de aventuradas opiniones, de atrevidas hipótesis ó de infundadas conjeturas, y permaneciendo exentos de todo dogmatismo, contrario siempre al progreso de las ciencias, *ni materialiceis el espíritu, ni espiritualiceis la materia.*